

GUÍA VISUAL  
DE LA ARQUITECTURA  
EN LA EDAD MEDIA I

Mundo paleocristiano, Bizancio,  
arte «bárbaro» y prerrománico e islam



# GUÍA VISUAL DE LA ARQUITECTURA EN LA EDAD MEDIA I

Mundo paleocristiano, Bizancio,  
arte «bárbaro» y prerrománico e islam

*Coordinación, textos e infografías:* Lorenzo de la Plaza Escudero

*Textos:* Javier Lizasoain Hernández

*Dibujos:* José María Martínez Murillo

1.ª edición, 2023

Dibujos de cubierta: José María Martínez Murillo  
Infografías de cubierta: Lorenzo de la Plaza Escudero

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Lorenzo de la Plaza Escudero, Javier Lizasoain Hernández  
y José María Martínez Murillo, 2023

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2023  
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

Depósito legal: M. 5.785-2023

I.S.B.N.: 978-84-376-4612-1

*Printed in Spain*

## Introducción

El principal objetivo de esta obra es conseguir que el lector se zambulla en los múltiples detalles arquitectónicos que componen una civilización.

Esperamos que, al igual que nos ha sucedido a los autores al realizar este trabajo, los lectores vean multiplicado el deseo de ver y conocer *in situ* las obras y las realidades tratadas. La arquitectura es algo más que una sucesión de formas o *estilos*, es el producto de elementos culturales, ambientales y la expresión en sí de un modo de vivir. No solo de los poderosos, sino de todas las realidades sociales: agricultores, gobernantes, funcionarios, militares, educadores, comerciantes, etc.

La arquitectura inicialmente responde a unas necesidades prácticas, pero como arte supone la forma de expresión creativa que lleva a la sociedad a analizar y ver su espacio de vida y el medio en que se desarrolla de maneras diferenciadas. No tiene como objetivo la simple contemplación, sino que cumple con funciones específicas: crear espacios donde vivir, trabajar, protegerse, viajar, divertirse o morir. La función será algo primordial para los habitantes del momento, y el paso del tiempo determinará su lugar o no en el arte. Para ello deben concurrir una serie de condiciones: el talento, la sensibilidad de los creadores, la manera en que expresa la cultura y cómo las personas percibían el mundo. Todos los momentos estudiados han supuesto una serie de procesos que indican su aportación al arte y la vida. Veamos algunos de los principales.

El primero es el dominio del espacio: analizarlo, pensarlo, abstraerse de la realidad sobre la base de la geometría, la razón, la matemática, etc.; es la domesticación del espacio en la mente del creador con unos elementos claves que determinarán la importancia de la obra y su durabilidad. La medida y el orden lo son todo en este primer momento. Las tres cuestiones claves en esta fase son: el número, el número y el número.

El segundo son las emociones, las sensaciones que genera el espacio arquitectónico. Es un espacio humanizado. El mundo clásico, y en el ser humano en general, se une con el anterior aspecto del orden. El número y la sensación unidos: así el «orden arquitectónico» generaba por sí mismo una serie de sensaciones positivas. Como diría Gombrich, cuando se contempla un templo griego, lo percibimos como bello gracias a la armonía de sus partes que logra generar esa sensación de forma inmediata. Pero hay más. Se trata de crear sentimientos y visiones, algo nuevo: la fuerza o la tranquilidad, ante unas murallas poderosas; el recogimiento en espacios oscuros donde solo se ve el «alma» y el mundo material desaparece, o sentir a Dios en su esplendor al observar, desde el interior, la cúpula de Santa Sofía.

Esto significa que la arquitectura refleja un estado cultural, un relato. Para que un arquitecto sea comprendido debe conocer el mundo en el que se mueve, las emociones y las percepciones que él desarrollará en los habitantes de su espacio. Lo importan-

te no es lo que sucede a nuestro alrededor, sino cómo miramos lo que ocurre. Existe una interrelación entre el uso del arquitecto de los colores, las formas, la decoración, el agua, las estructuras, los caminos, etc., que afecta a nuestras sensaciones y emociones.

La relación de la cultura y la técnica es mutua. En ocasiones realidades arquitectónicas que se transforman, como el *mihrab*, generan sensaciones que permanecen; todo forma parte de un conjunto interrelacionado.

El espacio temporal estudiado se mueve en los albores de la Edad Media, el paso de la Edad Antigua a la Media y los comienzos de esta, la denominada Alta Edad Media, aunque veremos cómo cada realidad tiene una dimensión particular.

Las obras arquitectónicas son la manifestación a la vez intrínseca y externa del mundo en el que se realizan. Las cuatro realidades estudiadas son: el mundo paleocristiano, el Imperio romano de Oriente (Bizancio), los momentos previos al románico: el arte de las invasiones bárbaras y el prerrománico, y, por último, el islam.

El primer escenario se centra en el paso de la Edad Antigua a la Media, los momentos inaugurales de la religión cristiana, sus orígenes en el siglo I y su eclosión en el IV.

El Imperio romano de Oriente, también denominado Bizancio, es la segunda realidad estudiada. Se parte de su origen para llegar hasta su final, comprendiendo más de mil años, del 395 al 1453; con una realidad territorial muy cambiante, pero centrada en su capital Constantinopla.

El tercer momento se localiza en el desarrollo del desaparecido Imperio romano de Occidente, las realidades «bárbaras» que surgen y la consolidación de un movimiento previo al Románico, el Prerrománico, con todos sus matices. Aquí nos movemos en la Europa occidental en un periodo entre el siglo IV y el X.

Por último, el islam, cuyo estudio se inicia con su nacimiento en el siglo VII. Su evolución muestra

un desarrollo muy fragmentado tras la unidad inicial del califato omeya, lo que da lugar a nuevas realidades políticas que comienzan su andadura en la Edad Media, algunas de las cuales tienen una extensión temporal que supera el límite cronológico del siglo XV. Así sucede, por ejemplo, con los benimerines, el sultanato de Delhi, los mamelucos, los otomanos, los timúridas o los safawíes. Otras civilizaciones derivan directamente de estos entornos como, por ejemplo, los mogoles de la India. Es por ello que al estudiar la arquitectura islámica se incluyen ejemplos de estas culturas.

Los tres primeros mundos se relacionan con una religión: la cristiana, muy compleja por su fragmentación política, lo que nos lleva a estos tres entornos distintos. La unidad del islam en su conjunto constructivo es mayor y facilita su tratamiento, aunque su dispersión política, como veremos, es enorme. No obstante, la diversidad de matices en la religión musulmana es compleja de abarcar si tenemos en cuenta la dimensión temporal, más de mil años, y la diversidad geográfica, desde el Indo hasta el Atlántico.

La obra se centra en las culturas donde se desarrollan las nuevas religiones y donde el mundo clásico va desapareciendo para dar paso a un nuevo contexto. Otras realidades, como la americana o la del sudeste asiático, que coexisten, no son motivo de este libro.

En este sentido, «grandes realidades» mueven estas zonas en este periodo: el relato, los desastres, el recuerdo y el olvido.

El conjunto de creencias y actuaciones, el relato, se transforma en este periodo en una realidad muy cambiante. Los *sapiens* somos una especie que se basa, para poder progresar e incluso vivir, en la colaboración entre sus miembros, y esto se consigue con una tradición e ideas comunes. Pocas épocas como la estudiada reflejan la importancia del relato que mueve al mundo en la Edad Media y su relación con la arquitectura, es decir, el orden que está

tras sus realizaciones, lo que las mueve. En escasas ocasiones será tan claro que en un mundo cataclísmico el mantenimiento o el olvido de los saberes técnicos influirá en las realizaciones arquitectónicas. En pocas épocas la fuerza pujante del relato religioso será tan definitiva. Pues es en este periodo cuando emergen dos grandes religiones, la cristiana y la musulmana, que cambiarán los paradigmas constructivos y la visión de las *casas arquitectónicas*. De las cinco *casas básicas*: la *casa de los vivos*, la de los *muertos*, la del *poder*, la de la *guerra* y la de los *dioses*, esta última será la que se verá alterada de manera radical con el advenimiento de las creencias citadas. El paradigma será otro. Aunque sigue siendo la *casa de dios* (el primer cambio es que solo habrá uno), el salto a la *casa de los fieles* provocará una alteración radical. Lo importante no es el exterior, sino los espacios interiores. Se cambia del «templo escultura» al templo vivido por la comunidad de fieles, pues en ambas religiones los ritos de la comunidad se celebran en el interior del templo. Surge así el interior visto como algo vivo, un camino, un peregrinaje hacia la perfección frente al hieratismo del templo como una escultura. En este sentido, la unidad se da dentro de la variedad, el camino puede ser lineal, de la entrada al altar, con una tercera dimensión, el cielo.

Por ello, el término que designa la *casa de Dios* será uno de los que más espacio y esfuerzos ocupe. La basílica, la iglesia o la mezquita y todo el vocabulario que rodea a esta realidad serán los principales protagonistas de este volumen.

Los «desastres» marcan el final del mundo antiguo y el advenimiento del periodo medieval. El cambio de paradigma vital desestabiliza las antiguas creencias y relaciones, pero la misma evolución interna del mundo antiguo está ahí haciendo más compleja aún la realidad. No analizaremos en la introducción estos cambios y sus aspectos positivos y negativos, pero, pese a todos los matices de la Antigüedad Tardía, este período muestra una gran inestabilidad. Las grandes pestes, tan olvidadas por los

historiadores en general y tan de actualidad ahora, añaden dolor, muerte y decadencia al conjunto. Estamos hablando de decenas de millones de muertos en un mundo menos poblado. Asimismo, la inestabilidad política que se transforma en un universo en guerra casi constante con grandes invasiones, migraciones y una falta de seguridad permanente. Todo ello marcará a la humanidad y sus manifestaciones, entre las que se encuentra, lógicamente, la arquitectura.

Los cambios van a provocar dos realidades íntimamente ligadas entre sí en el mundo de la técnica y la edificación: el recuerdo y el olvido. Muchas son las técnicas y aspectos constructivos que sobreviven y se aplican continuando con la gran tradición clásica que vimos en la *Guía visual de la arquitectura en el mundo antiguo*, publicada en esta misma editorial. Determinadas zonas, sin embargo, fundamentalmente en el Occidente europeo, sufren un retroceso, y procedimientos muy depurados desaparecen, con lo que las manifestaciones arquitectónicas abandonan los aspectos monumentales clásicos.

Por otro lado, el mundo sigue interconectado y el Mediterráneo será un fluir constante de información. La nueva religión, el islam, contribuirá a recuperar y mejorar elementos olvidados y su conexión con el mundo cristiano se mantendrá. En algunos casos, como en la península ibérica, la italiana o la helénica, y en el Creciente Fértil, los contactos se multiplicarán.

La arquitectura islámica, los pueblos que la impulsan, beben de todas las fuentes a su alcance en un prodigioso y fructífero sincretismo. Toman con avidez lo que otras culturas tienen, lo incorporan, lo mejoran y acaban haciéndolo propio. No todas sus aportaciones o huellas son reconocidas e incluso conocidas.

La arquitectura musulmana es un universo fascinante no suficientemente comprendido. No es una sucesión espectacular de elementos: alminares, cúpulas, exquisitos azulejos y detalles del denomi-

nado «refinamiento oriental» que nos dejan estupefactos, como la «escalera de agua» de la Alhambra o la «habitación del silencio» de Topkapi en Estambul. Incluye una cultura, un relato que ha unificado durante siglos lugares y personas muy dispares, desde España hasta el Extremo Oriente, la India o el África subsahariana. La arquitectura musulmana va a reflejar no solo las creencias religiosas, sino también la estructura social, la económica, la tecnológica, la sensibilidad artística, etc.

Hemos utilizado términos aparentemente en desuso: paleocristiano, bizantino, arte bárbaro, etc. Somos conscientes y utilizamos los términos como referentes básicos, «sin apenas significado». Las disquisiciones técnicas y la complejidad se abordan en las introducciones de estos mundos. Un afán didáctico y una pretensión de dejar atrás discusiones o debates, en muchas ocasiones meramente terminológicos, han llevado a tomar decisiones que seguro no serán del agrado de todos. La idea de mundos aislados, de *estilos*, en el sentido más cerrado del término, se replantea con el análisis de estos mundos tan diferentes.

El cosmos que estudiamos es muy dinámico. Más aún si tenemos en cuenta la amplitud temporal del mismo. Aunque los conocimientos arquitectónicos hayan tenido momentos en que se han transmitido lentamente, también se han producido instantes en que se han acelerado los intercambios culturales y las técnicas constructivas. Mantenemos nuestra tesis: el concepto de *estilo* queda, actualmente, demasiado encorsetado para una realidad tan fluida. Es por ello que más que hablar de estilos artísticos hablamos de marcos espaciotemporales con características similares y muchas, muchas singularidades. El mundo, incluso el arquitectónico, es más complejo de lo que realmente conocemos aún. Quedan pendientes múltiples hallazgos que pueden hacernos cambiar de manera radical o, al menos importante, nuestros enfoques sobre determinados aspectos del pasado. Es la base de la ciencia, una he-

rramienta que no admite, respecto a sí misma, la existencia de *verdades sagradas*. Todo es cuestionable. Los estándares pueden alejarse del modelo ideal, pero seguirán siendo identificables.

En cualquier caso, deseamos que nuestro trabajo sirva para entender mejor el lenguaje de la arquitectura.

Por un lado, esperamos que ayude a conocer los aspectos básicos: los elementos arquitectónicos. Para ello cada uno de los elementos aparecerá *visualizado*. Pero, junto al lenguaje visual, será fundamental el conocimiento de lo que hay detrás, su importancia, su conexión con el conjunto, su valor técnico y, principalmente, su componente histórico y humano. Para ello hemos buceado en una muy extensa bibliografía del pasado y del presente, aspecto posible gracias a las múltiples bibliotecas digitales que están a nuestra disposición a través de universidades e instituciones culturales.

La utilización de marcos espacio-temporales tiene grandes ventajas. La principal es permitirnos huir de tediosas y, pensamos que poco útiles, disquisiciones respecto de si tal o cual obra pertenece o no a tal estilo. Entre otras cuestiones, porque este se redefine de manera constante. Por otro lado, nos permite acotar aspectos y características genéricas que se entrelazan, con fluidez, con singularidades constantes. Además, nos permite comprender la diversidad entre concepciones vitales y manera de expresarlas, que no supone, necesariamente, oposición.

Los marcos espaciotemporales analizados están expuestos de manera cerrada, en capítulos separados. Este hecho no impide reconocer, en el interior de la obra, la profunda interrelación entre las distintas obras y trabajos.

Hay que tener en cuenta que hablamos de una producción humana y, por ello, hemos de tener un cierto cuidado a la hora de hacer afirmaciones excesivamente categóricas; la casualidad y múltiples variables están siempre presentes. El presupuesto, los acci-

dentes, las contingencias, las imprevisiones o los fallos han influido en las decisiones arquitectónicas. Igualmente, las construcciones no tienen ahora el mismo aspecto que en el momento de su realización.

#### ESTRUCTURA DE LA OBRA

Cada uno de los marcos analizados sigue una estructura interna idéntica:

1. Marco espaciotemporal. En él se delimitan los momentos históricos estudiados, en el espacio y el tiempo. Se incluyen mapas y ejes cronológicos que nos ayudan a enmarcar la civilización estudiada. Destacamos, brevemente, su evolución, para centrarnos en sus principales implicaciones en la arquitectura del momento.

2. Aspectos generales del arte. En este apartado se destacan los principales rasgos que caracterizan la arquitectura y otras artes relacionadas con ella.

3. Diccionario visual de términos. Aquí aparecen, ordenados alfabéticamente, los principales elementos arquitectónicos, los más característicos y su relación con el conjunto constructivo. Cada uno de ellos se relaciona con la civilización estudiada. Vemos cómo se interrelaciona con la vida, las creencias, la tecnología o los sistemas constructivos. En las diferentes *casas*, se observa tanto la evolución arquitectónica como la visión del mundo que reflejan. Cada momento tiene su palabra clave, aunque las realidades sean similares: basílica, iglesia o mezquita.

El libro tiene una innegable parte visual que nos ayuda a comprender el elemento arquitectónico estudiado, su importancia y su evolución. No se ha hecho hincapié en las definiciones formales, salvo en los casos de términos poco conocidos. El *Diccionario visual*

*de términos arquitectónicos* (publicado en esta misma editorial) trae esta información de manera más ordenada y sintética, aquí nos centramos en la realidad que hay tras el elemento, sus matices, su causa, su evolución y características. Esto nos hará disfrutar más cuando lo veamos en su marco real.

#### LA ALTA EDAD MEDIA Y LA ANTIGÜEDAD TARDÍA

El mundo de la Edad Media se desarrolla entre la caída del Imperio romano de Occidente en el año 476 y la caída de Constantinopla en 1453 a manos de los turcos o el descubrimiento de América en 1492. Las fechas son, lógicamente, una convención de trabajo no exenta de matices culturales y políticos. Evidentemente, las personas que vivieron la legendaria fecha del año 476, que pone fin a la Antigüedad, no encontraron una desaparición de su mundo y el surgimiento de otro radicalmente nuevo el año 477. Hubo transiciones que, en muchos casos, tardarían cientos de años en concluirse y otras que ya estaban ocurriendo muchos años antes. Lógicamente, las divisiones temporales, Edad Antigua, Edad Media, etc., son fruto de un método de análisis. Espacialmente nos centraremos en el mundo de Europa, el norte de África, el Próximo y el Medio Oriente y sus espacios limítrofes.

En términos generales, este amplio periodo de tiempo se subdivide, a su vez, en tres momentos básicos, igualmente discutibles, que suponen más una decisión de trabajo adaptada a los cánones historiográficos que una realidad estricta. Analicemos los aspectos básicos de cada uno de ellos. El primero, la Alta Edad Media, también Temprana Edad Media o Antigüedad Tardía, en el caso de historiadores británicos, abarca desde finales del siglo v hasta el siglo x. En él se producen las migraciones bárbaras, la culminación de las transiciones que se estaban gestando dentro del mundo romano como el cristianismo, la ruralización, la helenización de la parte

oriental del Imperio romano, la aparición de nuevas realidades como el islam, etc., y la consolidación de un nuevo sistema político y territorial, el feudalismo. En el segundo periodo, la Plena Edad Media, de los siglos XI al XIII, se consolidan y vertebran nuevas realidades sociales y políticas, a la vez que se limitan las oleadas invasoras de magiares o vikingos. Por último, la Baja Edad Media, que abarcaría los siglos XIII al XV, con un periodo de crisis y otro de recuperación, apogeo y aparición de nuevas realidades. Somos conscientes de que estos límites se pueden matizar, y así nos encontramos con divisiones bipartitas: Alta y Baja Edad Media, por ejemplo. No discutiremos estos aspectos, ya que admitimos desde un comienzo la arbitrariedad de la cronología que se toma en función de la exposición de unos mundos de la manera más coherente, a juicio de los autores, de presentar la realidad.

En cualquier caso y, para evitar perdernos en el farragoso tema de la clasificación de los estilos o las artes, hablaremos más bien de mundos arquitectónicos relacionados con realidades políticas o ideológicas que cuentan con una cronología relativamente exacta según la historiografía antigua, y que, lógicamente, tienen una gran permeabilidad y deuda con sus momentos anterior y posterior. Así podemos hablar del mundo paleocristiano o bizantino conociendo los matices y deudas de ambos periodos con el mundo romano. No nos preocuparemos de si los primeros momentos del arte bizantino son o no tardorromanos (que lo son), ya que hablaremos de la realidad política del Imperio romano de Oriente, que tiene unas fechas determinadas y en el que se desarrolla un sistema arquitectónico propio que parte de un comienzo que continúa el arte clásico grecorromano.

En este periodo estudiaremos distintos mundos relacionados con la arquitectura. Todas las fechas son matizables y, de hecho, están en constante revisión. El mundo islámico tiene una deriva que lo sitúa en un marco temporal que trasciende al resto del estudio.

La estructura básica de la obra es la siguiente:

1. El mundo paleocristiano
2. El Imperio romano de Oriente: Bizancio
3. El desarrollo arquitectónico de Occidente: el «arte bárbaro» y prerrománico
4. El islam

La Antigüedad Tardía, se incluye en el mundo paleocristiano y Bizancio. No obstante, merece la pena una breve reflexión aislada sobre el mismo, apenas unas pinceladas.

El concepto de la «Antigüedad Tardía» surge en contraposición a la historiografía anterior que, desde el Renacimiento hasta el Neoclasicismo, señalaba que, a partir del siglo III, había una única dirección: la del declive de Roma. La tradición historiográfica, que asienta sus bases, como hemos indicado, en el Renacimiento, ha destacado el aspecto de decadencia del periodo posterior al siglo II, deslumbrada por el esplendor de la República y los logros de los siglos I y II. La Ilustración, con obras como la de Montesquieu relativas a la decadencia y grandeza romanas, apuntalarían la tendencia que alcanza su cenit con la demoledora y monumental obra de Gibbon, *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*. Solo a mediados del siglo XX surgen las matizaciones que conforman el estudio del arte «tardorromano». La gran diversidad de clasificaciones, interpretaciones y valoraciones que de este periodo se han realizado por parte de los diferentes estudiosos de la historia y del arte muestra la profunda complejidad de los procesos que se desarrollaron.

Este nuevo concepto historiográfico, «Antigüedad Tardía», señala un periodo temporal intermedio entre la Antigüedad y la Edad Media, en Europa, el Mediterráneo y el Próximo Oriente. El término deriva del alemán *Spätantike*, popularizado por el historiador del arte Alois Rigel en 1901, aunque ya había sido utilizado o adelantado por

Max Weber, Henri Pirenne o Jacob Burckhardt, en el siglo XIX. En el siglo XX han sido muchos los historiadores que han trabajado en el concepto, entre los que destacan, por ejemplo, Peter Brown o Henri Marrou. Este último insiste en la originalidad y singularidad de esta fase, al margen de cánones anteriores.

No existe una definición absoluta y precisa del marco temporal que abarca, ya que este varía en función de los autores y los estudiosos. Es una delimitación, como todas, hasta cierto punto arbitraria determinada por los parámetros que se quieran destacar. Hoy en día parece que no exista, pues, una unificación de criterios y se busca más adaptar el modelo a las distintas regiones donde se desarrolla teniendo en cuenta la singularidad de las mismas. No obstante, podemos generalizar que este tiempo se mueve entre los finales de la Antigüedad, desde Marco Aurelio hasta mediados del siglo II, y los comienzos de la Edad Media, hasta la constitución del Imperio carolingio y la expansión musulmana, en torno a los siglos VIII o IX. En este periodo se conjugan múltiples factores y conviven desde el arte pagano «tardorromano» hasta el cristiano (paleocristiano). Aquí se incluiría desde el arte de los primeros cristianos, los movimientos prerrománicos de las invasiones de merovingios, ostrogodos, visigodos, etc., y, también, el mundo bizantino hasta Justiniano o el arte del Emirato y Califato de Córdoba. Así pues, los límites varían según los autores, con afirmaciones radicales como, por ejemplo, la de Chris Wickman, que indica que hasta el gótico no hay nada nuevo.

Las diversas etiquetas de la historiografía que seguiremos utilizando en esta obra: paleocristiano, prerrománico o bizantino, deberán matizarse a la luz de estos nuevos estudios. Hay autores centrados en aspectos formales, como Bandelli, por ejemplo, que consideran incluso que no se puede hablar de «arte paleocristiano» sino de arte romano realizado por los paleocristianos. Sin ánimo de perdernos en

estas disquisiciones, indicaremos que el concepto de Antigüedad Tardía añade matices al análisis de los periodos estudiados que deben ser apreciados. En este sentido, detallamos a continuación aspectos importantes a tener en cuenta.

El comienzo de este periodo muestra una cierta uniformidad y continuidad de los aspectos clásicos, lo que afectará al arte paleocristiano, prerrománico y bizantino (al menos en los comienzos del mismo).

El siglo III se inicia con una importante revolución legal que refleja en cierta medida la situación real. En el año 212, el emperador Caracalla promulgó el Edicto de Caracalla o *Constitutio Antoniniana*, que extendió la ciudadanía romana a todos los habitantes libres del imperio. Sin embargo, el ambiente general en la Europa occidental que nos transmiten los estudiosos es de decadencia. Las crisis políticas, económicas, las guerras civiles y las invasiones exteriores van a marcar el periodo. Las sucesivas pestes: la antonina, del año 165 al 180, con más de seis millones de muertes, y la cipriana, del 249 al 269, con diez millones de víctimas, contribuyen a acentuar la impresión de declive. En el mundo oriental, el escenario fue diferente: allí se mantuvieron las estructuras comerciales y la situación política fue más estable. Se produjeron, no obstante, hechos luctuosos como diversas invasiones exteriores y problemas políticos interiores, además de la mortífera plaga justiniana en la que perecieron entre treinta y cincuenta millones de personas.

Pese a todo, el Imperio romano en su conjunto poseía todavía empuje y capacidad evolutiva tras las crisis del siglo III. Pero en este compacto mundo clásico helenístico ya se hallan importantes factores de cambio. En este espacio aparentemente monolítico hay cambios internos, contradicciones, evoluciones y revoluciones que modificarán los paradigmas existentes. Entre los más importantes destacan: la implantación generalizada del cristianismo, las invasiones bárbaras, la desaparición del Imperio ro-

mano en Occidente y la configuración de nuevas realidades políticas como Bizancio.

Incluso los defensores de la «continuidad formal», como Bandinelli, admiten el cambio, el giro, el abandono progresivo de la tradición helénica, por mucho que los gérmenes de la nueva cultura artística bizantina y medieval partan de «fermentos internos» del mundo romano. Algo que, por otro lado, siempre ha ocurrido en las evoluciones históricas. En cualquier caso, asistimos también a cambios radicales de paradigma en una de las «casas básicas» (vivienda, casa del rey, de los muertos, etc.): la «casa de Dios» será la que cambie esencialmente. Cuando hablamos de «arte paleocristiano», el cristianismo será básicamente un referente sociohistórico más que un significado estilístico, pero su «relato» sí influirá en la visión de la arquitectura. Los estudiosos de la vertiente iconográfica, como Grabar, señalan al cristianismo como elemento significativo del paso de la Antigüedad a la Edad Media, por sus cambios de la temática existente, por la diferente funcionalidad y tipología de los edificios, etc. Pese a ello, también insiste en que se debe hablar de arte romano realizado por los primeros cristianos.

En este contexto, el cristianismo cambiará el paradigma del mundo clásico. A diferencia de las múltiples opciones religiosas que se daban en el paganismo, la nueva religión pasó de ser tolerada (Edicto de Milán en el 313) a convertirse en la religión oficial (Edicto de Tesalónica en el 380) y, finalmente, en la única religión permitida. El paganismo sufrió violentas persecuciones y la imposición del dogma cristiano tuvo episodios cruentos. El mundo, pese a todo, no vivió en sus comienzos un cristianismo uniforme. Múltiples tendencias, opiniones y doctrinas surgieron con gran virulencia en sus planteamientos y generaron sangrientos enfrentamientos. La uniformidad del dogma se fue imponiendo a través de diversos concilios no exentos de duras persecuciones y ejecuciones sobre los que no se atenían a la «norma».

Ello, unido a las invasiones germánicas y la aparición del islam, alterará en Occidente, de modo radical, el funcionamiento político y social.

En el periodo de la Antigüedad Tardía se continúa el arte romano entroncándose con la nueva realidad cristiana que dará origen a diferentes tipos de arquitectura que ahondan sus raíces en los sistemas constructivos del Imperio romano. No obstante, podemos destacar ciertos cambios técnicos y constructivos, a la vez que continuidades:

a) La consolidación del cristianismo como religión oficial supone la adecuación de tipologías arquitectónicas ya existentes (basílicas, aulas regias, mausoleos) y la creación de otras nuevas (baptisterios), pero con las mismas o similares técnicas y estructuras.

b) Se pierde en gran medida la capacidad técnica de abovedar grandes espacios en Occidente, aunque se mantiene en un principio, con dificultades, en Oriente (Santa Sofía). El abovedamiento, las cúpulas, representaban el poder, ya que se utilizaban ampliamente en palacios (Domus aurea de Nerón) o grandes obras civiles (Termas de Caracalla) o religiosas (Panteón).

c) Los órdenes clásicos de las columnas y los edificios pierden sus proporciones y estos se vuelven más pequeños.

d) Se siguieron utilizando aparejos romanos, aunque con una tendencia a un menor uso del sillar (piedra de mediano o gran tamaño perfectamente labrada), que será sustituido en ocasiones por el sillarejo (sillar de pequeño tamaño toscamente labrado), lo que llevará a decorar los muros tapando este material con frescos o mosaicos.

e) Se siguen utilizando cimbrados, encofrados y ánforas para aligerar estructuras y crear vacíos que no necesitaban de relleno.

f) Se acentúan la concepción axial y el principio de simetría bilateral.

g) Se produce un proceso de cuidado del interior del edificio, en contraposición a la concepción escultórica de la arquitectura griega, ya que el interior de los templos será ampliamente utilizado.

h) Se mantiene la utilización de elementos curvos: ábsides o exedras (Foros de Augusto y Trajano en Roma, conjuntos termales, villas imperiales, etc.).

i) Se mantiene el arco como elemento de descarga.

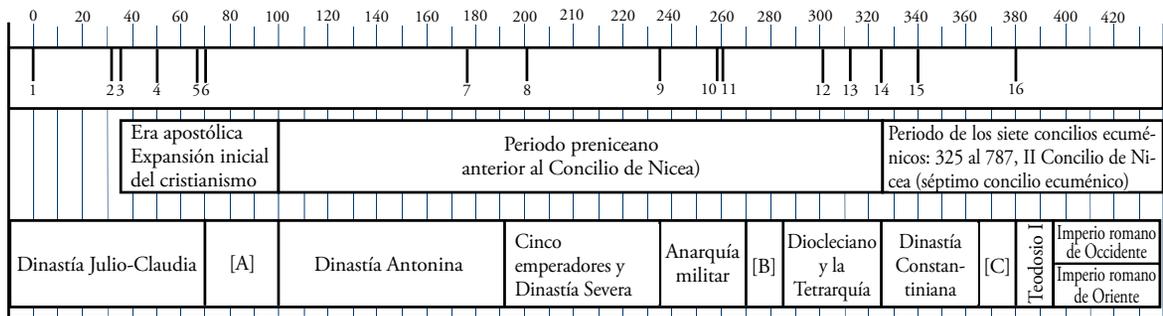
j) Se abandona la concepción escultórica que se tenía de la arquitectura, centrada en el exterior del edificio, y se sustituye por un replanteamiento e importancia del interior, detalle que viene determinado, entre otros factores, por los cambios ideológicos que aportaría el cristianismo.

k) En la ornamentación aparecen nuevos elementos del cristianismo y transformaciones en los significados de los temas del mundo pagano que se mantiene.



# MUNDO PALEOCRISTIANO

## CRISTIANISMO: LOS COMIENZOS (SIGLO I AL IV)



Los primeros siglos del cristianismo. En la banda superior aparecen los principales acontecimientos; en el centro, fases del cristianismo primitivo y, abajo, las distintas dinastías de emperadores romanos.

1. Nacimiento de Jesucristo (1)
2. Muerte de Jesucristo (33)
3. San Pedro funda la primera iglesia cristiana (36)
4. Concilio de Jerusalén (50)
5. Persecuciones en Roma, bajo Nerón, martirio de san Pedro y san Pablo (68)
6. Toma de Jerusalén por Vespasiano (70)
7. Persecución de los cristianos en Lyon durante el gobierno de Marco Aurelio (177)
8. El emperador romano Severo emite un edicto que prohíbe la conversión al cristianismo (202)
9. Persecuciones de cristianos durante el mandato del emperador Maximinus Thrax (235)
10. Masacres de cristianos bajo el emperador romano Valeriano (258)
11. Edicto de tolerancia del emperador Galieno (260)
12. Persecuciones del cristianismo bajo el emperador Diocleciano (303)
13. Edicto de Milán (313)
14. Concilio de Nicea (325)
15. Persecuciones del paganismo durante el mandato de Constancio II (340)
16. Edicto de Tesalónica. El emperador Teodosio declara el cristianismo en su versión ortodoxa la única religión imperial legítima (380)

[A] Galba, Otón, Vitelo y la Dinastía Flavia

[B] Emperadores ilirios

[C] Dinastía Valentiniana

## Marco espaciotemporal

El cristianismo nace en el seno del Imperio romano y en una región geográfica en donde conviven Oriente y Occidente. Estas circunstancias determinarán en buena medida el carácter de esta nueva religión monoteísta.

El término paleocristiano, del griego Παλαιός (*palaiós*) y del latín *paleo* (antiguo), se refiere a los primeros quinientos años del cristianismo, desde sus comienzos en el siglo I hasta la caída del Imperio romano de Occidente en el año 476.

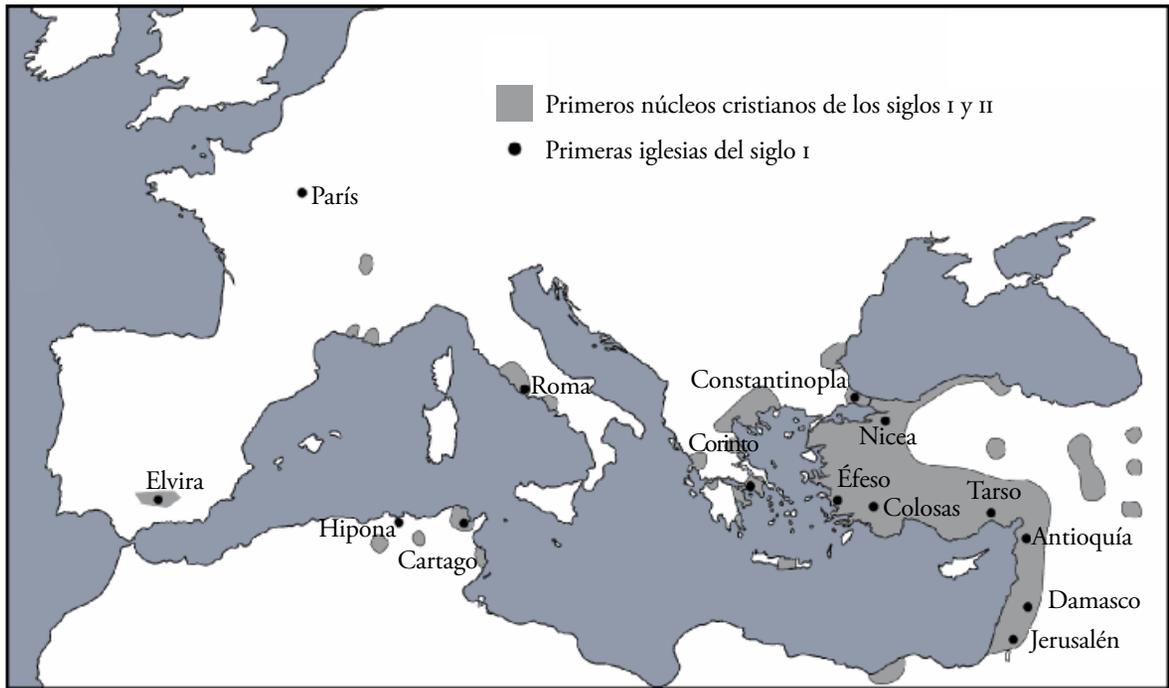
Es necesario puntualizar una clara separación en este periodo: la incidencia inicial, con una influencia minoritaria durante décadas e incluso durante los dos primeros siglos, y el posterior alcance, instrumentalización y sistematización que tendrán lugar bien entrado el siglo III, y en especial a partir del Edicto de Milán del año 313, en el siglo IV.

Como otras muchas espiritualidades surgidas en el mismo contexto, el cristianismo como religión y estructura «se creará» a partir de un mensaje, de un fundador y de las experiencias compartidas por sus primeros seguidores que, hábilmente ensamblados, devendrán en una religión que será capaz de arrinconar a la oficial, el paganismo, y finalmente sustituirla. La historia posterior es el relato de una presencia constante en Europa y, obviamente, una decisiva influencia en las manifestaciones artísticas.

Roma atravesaba, en ese periodo del despegue cristiano, una etapa turbulenta, muy alejada de los años de mayor esplendor. La religión oficial pagana apenas ofrecía esperanzas a la mayoría de los habitantes que soportaban una vida llena de penurias. Si pretendían refugiarse en sus dioses, estos apenas articulaban sistemas de relación que serenasen o estimulasen a los fieles: ni premios ni castigos, tan solo el cumplimiento de un pacto a cambio de una ofrenda. Tampoco el orden sacerdotal se caracterizaba por un acercamiento al pueblo y una implicación con él. Aún era peor la correspondencia entre el culto al emperador y lo que el ciudadano veía: emperadores corruptos, alejados del pueblo, con conductas poco ejemplares y mandatos breves e inestables.

Paulatinamente y respondiendo a esta doble necesidad de esperanza y acercamiento, comienzan a proliferar en el imperio religiones místicas que sugieren o proponen paraísos, salvación, proximidad e idea de comunidad. Así se extienden cultos a divinidades como Atis, Isis, Osiris, Cibeles, Mitra y, como una más en este conjunto, el cristianismo.

Los orígenes de este último fueron complejos porque arrancaban de una filiación o una especie de hermandad con el judaísmo. Jesús de Nazaret anunció que era el Mesías esperado e informó de que aquello que los profetas del Antiguo Testamento anunciaron se había producido en él. Una gran parte del pueblo judío no creyó este mensaje y adoptó posicio-



Los primeros núcleos cristianos, sus áreas de influencia y las primeras iglesias. Se observan en el mapa las distintas zonas de penetración cristiana en los primeros tres siglos de la nueva religión cristiana. Antes del Edicto de Milán en el año 313, el cristianismo estaba extendido por la mayor parte del Imperio romano, pero el nivel de penetración en la sociedad era, mayoritariamente, inferior al treinta por ciento, salvo en las zonas donde el cristianismo arraigó tempranamente.

nes muy diversas respecto a su coexistencia en el marco político del imperio. Saduceos, fariseos, zelotes y otras variantes judías se posicionan contra la nueva religión y se inician las persecuciones.

Aludíamos, al inicio, a la huella de esa confluencia entre Oriente y Occidente. Evidentemente nos referimos al cristianismo que define ya un pensamiento y una estructura única. Oriente ofrecía numerosos ejemplos de pueblos, religiones y poderes establecidos en los que la separación entre lo temporal y lo religioso no existía, es decir, ambas dimensiones podían e incluso debían convivir. No debe resultar extraño que este postulado defina las futuras relaciones entre la nueva Iglesia y el poder político.

La propagación comenzará entre los grupos más desfavorecidos y también entre legionarios y comerciantes, dejando fuera de momento las áreas rurales, que se mantendrán paganas (término que derivaría de *pagus*, aldea en latín), y tampoco contó con un apoyo inicial entre los grupos superiores que lo veían demasiado simple en su enunciado y propuesta ideológica. Estos últimos tendrán que esperar a Pablo de Tarso, que dará un barniz helenizante al mensaje cristiano, ya más perfecto y adecuado para escritores e intelectuales.

Un problema añadido en esta inicial difusión era el confeso monoteísmo cristiano que rechazaba, por tanto, el reconocimiento del emperador como dios. Esta circunstancia justificará las persecuciones de cris-

tianos, al ser considerados enemigos del Estado y contrarios a ese pilar básico. Otros aspectos, como la costumbre de la inhumación, que chocaba en ocasiones con órdenes que la impedían dentro de los límites de la ciudad (pomerio), aumentarán el acoso y los castigos que fueron constantes a lo largo de los tres primeros siglos, en especial bajo los mandatos de los emperadores Dacio, Valeriano y, especialmente, Diocleciano.

A pesar de estas dificultades, poco a poco el cristianismo se irá asentando. Pasó de perseguido en Judea y Roma a tolerado (Edicto de Galieno). Con el Edicto de Milán el cristianismo da el gran salto: queda abolido el culto imperial, se devuelven los bienes expropiados a la Iglesia cristiana, se extienden la libertad religiosa y los derechos de los cristianos, entre ellos la posibilidad de exteriorizar su culto, algo determinante para el ámbito artístico. Desde ese momento, su presencia en el poder no dejó de crecer.

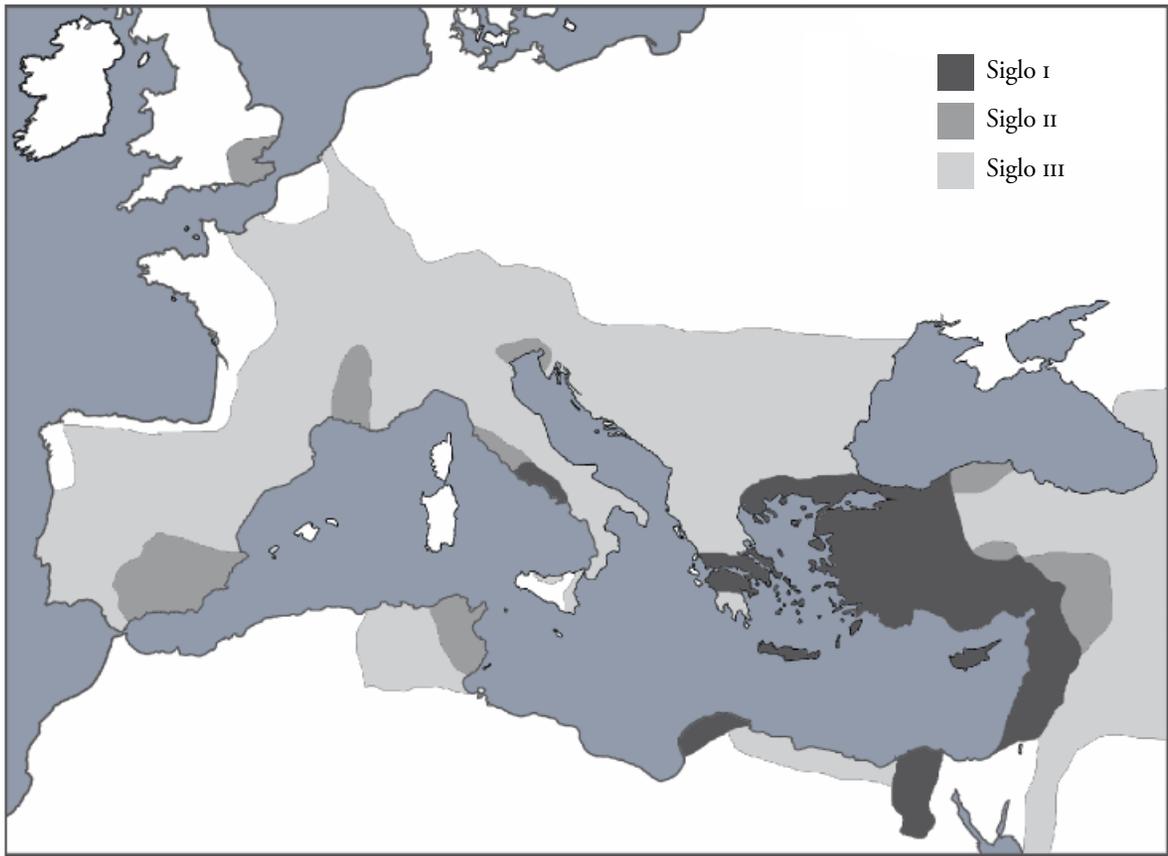
El Edicto de Milán, firmado en el año 313 por los emperadores Constantino y Licinio, daba fin a las persecuciones de los cristianos y oficializaba la libertad religiosa en todo el imperio, desapareciendo así el paganismo como religión oficial. Además, se añadía que debían ser devueltos de manera inmediata todos los bienes confiscados a los cristianos y sus lugares de reunión y asamblea, permitiéndoles como al resto de los credos religiosos las manifestaciones externas. Hoy se duda de la existencia de un edicto firmado por ambos emperadores, ya que el texto se conoce a través de su inclusión en la obra de Lactancio, *De mortibus persecutorum*, escrita tras la victoria de Constantino entre los años 318 y 321. La trascendencia de este edicto es grande en el campo artístico, ya que la Iglesia cristiana pierde la clandestinidad, se le permite el culto colectivo y externo y se le devuelve un patrimonio económico que le permitirá llevar a cabo una amplia labor constructiva. Además, a raíz de su puesta en marcha, la Iglesia se institucionaliza y se jerarquiza. No obstante, el cristianismo aún no se convierte en la religión oficial del Estado, para lo cual tuvo que es-

perar al año 380 cuando el emperador Teodosio I firme el Edicto de Tesalónica. En suma, con el Edicto de Milán, el cristianismo se equipara con el resto de las religiones, lo que en su caso significa el cese de las persecuciones y el inicio de su difusión, que ya no parará. Su importancia fue tal que podemos hablar de un arte cristiano «preconstantiniano», hasta el Edicto de Milán, en el año 313, y otro «posconstantiniano», a partir del edicto.

La consolidación definitiva de la unión entre la nueva Iglesia y el poder imperial se realiza en el primer concilio ecuménico de Nicea, en el año 325, donde la influencia del emperador Constantino fue definitiva. La expansión del cristianismo, su profundización en la sociedad, fue ya imparable, y la reacción pagana del emperador Juliano en el año 361, no deja de ser un último intento condenado ya al fracaso.

El arte, y de manera especial la arquitectura, evolucionarán conforme a su relación con el poder y con las posibilidades de exteriorizar las creencias. Así, antes del Edicto de Milán, es una arquitectura pobre, austera, clandestina y, en cierto sentido, ambigua, dado que no pueden externamente alertar de que ese edificio corresponde a un credo religioso perseguido. Tras el año 313, la situación cambia radicalmente, y la arquitectura se pone al servicio de una religión que debe mostrar su grandeza, poder, triunfo y creciente presencia.

En suma, en esta ocasión trataremos un periodo que, por puro convencionalismo, cerramos a finales del siglo IV. A la muerte del emperador Teodosio (395), el Imperio romano, para una mejor gestión y para una adecuación a los crecientes regionalismos, se separa en dos: la mitad occidental, que pasa a Honorio, y la oriental, a Arcadio. Otro argumento a favor de este límite temporal es el hecho de que, en el año 380, en virtud del Edicto de Tesalónica, el credo cristiano niceno se convierte en la religión oficial del imperio, justificando entonces la persecución de los paganos.



La evolución del cristianismo en los siglos I al III. Zonas donde se predica la nueva religión.

### Aspectos generales del arte

En pocas manifestaciones artísticas de los primeros siglos del cristianismo como la arquitectura se puede observar un cambio tan grande como el que representó el Edicto de Milán. Anterior a este, como religión prohibida y perseguida, todo en torno a ella era clandestino. Esta circunstancia explica que los edificios sean sobrios, que, en realidad, sean meras adaptaciones de espacios ya existentes sin ningún tipo de elemento externo que anuncie o sugiera que se trata de un espacio religioso.

Al mismo tiempo, las comunidades ni son muy numerosas ni cuentan con grandes recursos, por lo que predomina una austeridad y pobreza en los materiales, así como en las estructuras. Como ocurre con otros lenguajes artísticos que se desarrollan de forma paralela a otros de mayor envergadura, debemos recordar que la arquitectura paleocristiana y sus artes figurativas nacen, crecen y se desarrollan en pleno Imperio romano, por lo que técnicas y formas tendrán una inequívoca filiación romana.

Inicialmente tampoco se necesitaban muchos medios para unos ritos poco definidos y para unas co-

munidades no muy numerosas. Estas se reunían al alba para rezar y en el crepúsculo para hacer el ágape, y para ambos ritos les valía cualquier lugar. Además, el bautismo, hasta principios del siglo II, se hacía en aguas corrientes, es decir, al aire libre. Como señala Krautheimer, «hasta 200 d.C., no existía ni podía existir una arquitectura cristiana».

Aceptando esto, no es de extrañar que en un primer momento los tipos arquitectónicos se reduzcan a los denominados *domus ecclesiae* o *tituli* y a las más conocidas catacumbas.

Los primeros eran simples casas, en especial del tipo *domus*, que experimentaban una pequeña transformación para adecuar algunos de sus espacios a los ritos litúrgicos que se pudieran desarrollar. Por fuera, nada hacía presagiar que dentro se reuniera una comunidad cristiana. Dura Europos (Siria) ofrece un ejemplo de adaptación de espacios, acogiendo en su sala una piscina probática, para el bautismo por inmersión, que era el habitual entonces.

Al mismo tiempo se inicia la construcción de catacumbas. Estos espacios tenían, en sus orígenes, un uso exclusivamente funerario, por lo que se situaban en las afueras de las grandes ciudades, flanqueando las calzadas y vías, como el resto de los conjuntos funerarios correspondientes a otros credos.

En ningún caso fueron lugares de culto, algo que se entiende al observar la inadecuación de sus espacios, estrechos, angostos y oscuros, que hacen inviable una liturgia. Se componían de largos pasillos (*ambulacrum*) en donde se abrían los nichos (*loculi*) en los que se introducía el cuerpo, cerrando el hueco con lápidas con inscripciones y símbolos cristianos. En alguna ocasión, un nicho se ampliaba para dar cobijo a la tumba de un personaje de especial relevancia de la comunidad, destacándolo mediante un arcosolio. En torno a estas tumbas sí pudieron con el tiempo celebrarse ritos de peregrinación. Iban ampliándose excavando nuevas galerías hacia abajo, por lo que las más antiguas son las más superficiales. Entre las mejor conservadas se encuentran las romanas

de Santa Cecilia, San Calixto y Vía Latina. En sus paredes aún se conservan toscas representaciones de las primeras imágenes cristianas.

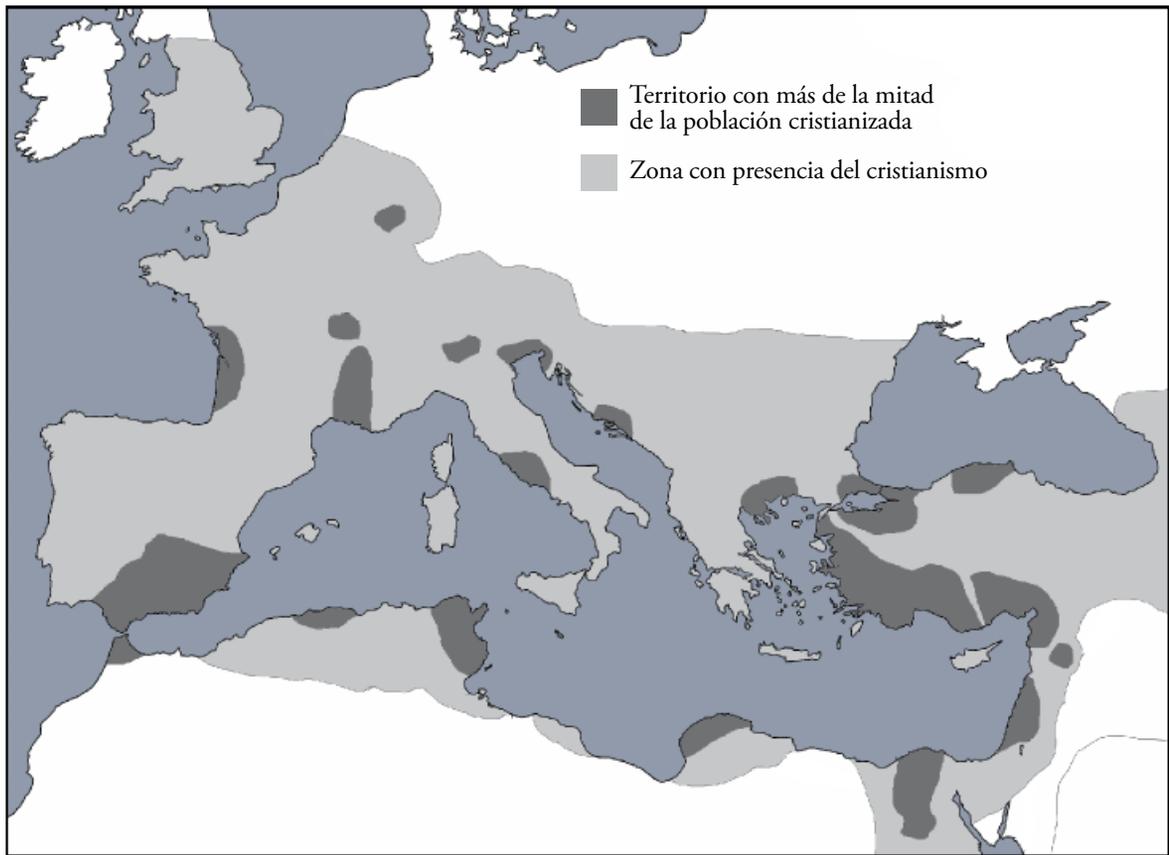
El citado Edicto de Milán habilita a la Iglesia para todo tipo de manifestaciones externas de su credo, al tiempo que devuelve los bienes confiscados. Es el momento de ofrecer a fieles y paganos una muestra evidente de la grandiosidad y del poder del Dios triunfante y de su Iglesia: la arquitectura se presta a ello. Materiales más ricos, estructuras más complejas, programas iconográficos más completos y una mayor tipología edilicia son algunos de los efectos de dicho edicto.

La basílica se convierte en el símbolo de ese triunfo. Por razones litúrgicas que requieren un espacio amplio, no parece que los templos paganos romanos con sus limitadas naos tripartitas ofrecieran un espacio adecuado. Por el contrario, la basílica romana, hasta ahora empleada en funciones jurídicas, comerciales o administrativas, sí parece adecuarse mejor a esas exigencias.

Arrancan de ese modelo al que incorporan aportaciones de las sinagogas y de los templos mitraicos. Mientras que en Occidente predomina la planta longitudinal, en Oriente apuestan más por la central. En ambos casos, no obstante, se mantienen una serie de componentes que responden a usos específicos.

La basílica se inicia con un patio con una fuente (atrio) que da paso a una nave transversal (nártex) previa a las naves propiamente dichas, separadas mediante columnas, muchas de ellas de acarreo. Tras cruzar el transepto (nave transversal), se alcanza el presbiterio que acoge el altar sobre una cripta o *confessio*, y detrás de él suele situarse un banco corrido para los presbíteros y la cátedra, asiento reservado para la autoridad religiosa. Este sería el esquema básico, que experimentaría a lo largo de las primeras décadas importantes modificaciones y aportaciones.

Entre las basílicas podríamos destacar las romanas de Santa María la Mayor, Santa Pudenciana,



El cristianismo alrededor del año 325, I Concilio de Nicea.

San Juan de Letrán y la primitiva de San Pedro del Vaticano, la basílica del Santo Sepulcro (Jerusalén) y la de la Natividad (Belén).

Un segundo tipo de edificio es el baptisterio. Generalmente es un edificio externo e independiente, de planta octogonal y que presenta en su interior la piscina probática. Destacables son los de San Juan de Letrán (Roma) o el de los Ortodoxos en Rávena.

Finalmente, se desarrollan dos edificios de carácter funerario. Por un lado, nos encontramos con el mausoleo, de planta centralizada, que sirve de tumba a una dignidad religiosa o civil, como el de Gala Pla-

cidia (Rávena) o el de Santa Constanza (Roma), y, por otro lado, el *martyrium*. En este caso, se trata de un edificio de pequeñas dimensiones, generalmente centralizado y que se alza en un espacio concreto asociado a un suceso importante (un milagro, un martirio...) que se quiere perpetuar alzando ese edificio que pronto se convierte en lugar de peregrinación y experimenta constantes ampliaciones. Podemos destacar el *martyrium* de San Pedro, que hoy se encuentra bajo la estructura del complejo vaticano, y los de San Babilas y Qalat Simon, el primero en Antioquía y el segundo cerca de Alepo.